

Camilo José Cela

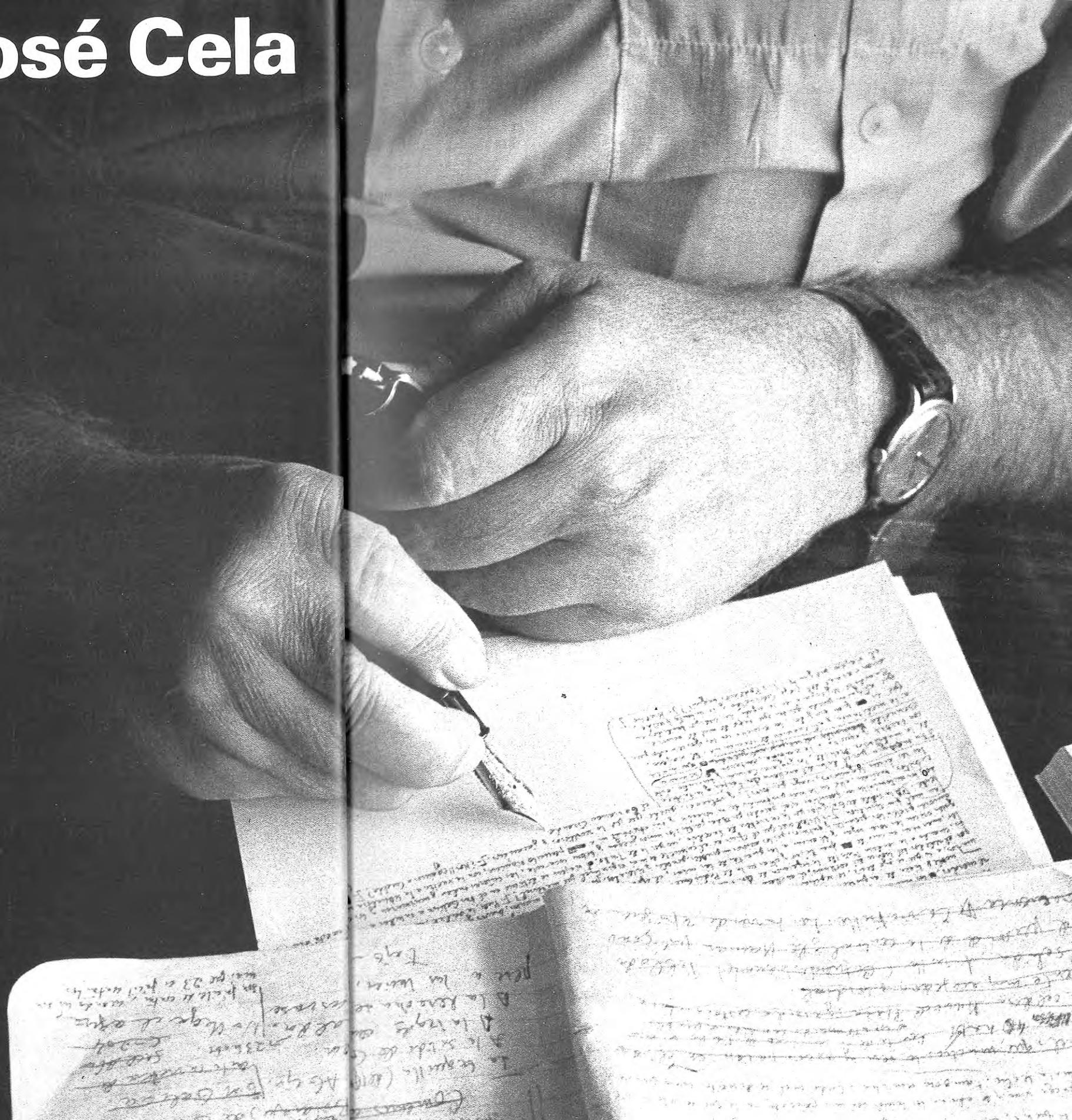
La

familia

de

Pascual

Duarte



Se extinguía el año 1942 cuando de las prensas de Aldecoa, en Burgos, salió la primera edición de *La familia de Pascual Duarte*. Cuarenta años más tarde, la minuciosa contabilidad de Fernando Huarte Morton nos ha hecho saber que durante ese lapso temporal se han publicado hasta 108 ediciones del libro, entre ellas las correspondientes a su traducción al chino, al esloveno, al italiano, al portugués, al gallego, al catalán, al holandés, al francés, al inglés, al griego moderno, al danés, al sueco, al húngaro, al serbocroata, al finlandés, al alemán, al noruego, al vascuence, al lituano, al checo, al polaco, al búlgaro y al ruso. Salvo el *Quijote* —del que, por lo demás, no sé exactamente cuántas ediciones van publicadas—, no creo que ningún otro libro de la literatura española haya logrado difusión semejante.

¿Por qué tan formidable éxito editorial? ¿Qué vieron los españoles y, sobre todo, qué vieron los no españoles en este breve relato de las fechorías y los sentimientos de Pascual Duarte? ¿Cómo puede explicarse que Gregorio Marañón dijera de él, tan sólo cuatro años después de su aparición, que había pasado «de la categoría de libro juvenil y de batalla a la de libro clásico»? En el caso de los lectores españoles, varias razones, acaso más bien externas, hubieron de concitarse: la maestría de una prosa fingida y gustosamente popular, a trechos desgarrada y a trechos contenidamente poética, sencilla y redomada a la vez, apenas imaginable en un mozo de poco más de veinte mayos; la súbita ruptura con los cánones ideológicos y estéticos oficialmente vigentes por aquellas calendas; la soterraña y original reconquista de mundos novelísticos que desde Baroja y Valle-Inclán parecían irremisiblemente perdidos; su condición, en suma, a un tiempo insólita, renovadora y tradicional. Estas razones, sin embargo, no podían operar con fuerza sobre los editores no españoles que tan tempranamente —de 1944 es la primera edición italiana, de 1946 la primera inglesa— descubrieron su poderoso atractivo. Otra cosa tuvieron que ver ellos en *La familia de Pascual Duarte*. ¿Qué? Intentaré descubrirlo.

A mi modo de ver, la verdadera importancia literaria del libro, la clave, por tanto, del interés que fuera de España despertó, consiste en ser la diestra y sobria presentación artística de una vida humana muy singular, el retrato psicológico, social y ético de un hombre que ante la inexorable proximidad de su propia muerte cuenta lo que hizo y lo que fue; más precisamente, lo que él siente, piensa y cree que fue. Lo cual, si en verdad queremos entender las razones de ese interés, nos pone ante la obligación de conocer con cierto rigor la personal e intransferible realidad humana de Pascual Duarte.

Una sentencia del filósofo Guillermo Dilthey, ampliamente difundida entre nosotros por Ortega, nos dice que la vida del hombre es «una misteriosa trama de azar, destino y carácter».

Conocer a un hombre singular consistirá, según ella, en saber con verdad y precisión cuál fue el destino de ese hombre, qué estructura y qué contenido tuvo su carácter, qué puso el azar en la configuración de su vida y cómo esos tres momentos del vivir humano se entramaron en su particular biografía. En nuestro caso, el destino, el carácter y la azarosidad en la biografía del campesino extremeño Pascual Duarte.

Es *destino* en la vida de un hombre lo que realmente y de hecho va siendo esa vida, por encima de lo que su titular pudo y quiso ser; en consecuencia, todo lo que él fue, pese a no haber querido serlo, y todo lo que no fue, pudiendo y queriendo haberlo sido. «Estaba escrito», dicen para dar razón del misterio inescrutable que es el destino –seudorrazón, más bien– las personas más creyentes en su predestinación que en el regimiento de sí mismas; porque esa presunta condición de «ya escrito» que se atribuye al destino, ese *liber scriptus profertur/in quo totum continetur* del *Dies irae*, no es sino una ingenua versión antropomórfica y gráfica del divino y misterioso saber que los teólogos llaman ciencia media. «Estaba escrito en la divina memoria», dice Pascual Duarte del áspero y penoso camino que fue su vida. «Hágase lo que está escrito en el libro de los Cielos», exclama ante su cercanísima ejecución, y así explica su decisión de morir sin haber pedido el indulto.

Pascual, en efecto, cree firme y razonablemente en el destino. «Los mismos cueros tenemos todos los mortales al hacer –dice tan pronto como empieza a hablar de sí mismo–, y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte.» Así otra vez: «Al que el destino persigue no se libra aunque se esconda debajo de las piedras». Es el destino lo que le hace ser efectivamente malo, aun no siéndolo realmente en el fondo de sí mismo. «Yo, señor, no soy malo», reza textualmente el arranque de su relato. El destino es, sí, lo que lo ha llevado a matar, lo que ha quitado de su camino esas ocasiones «que, de conseguirse, evitarían que siguiésemos enfangados en el crimen y el pecado», lo que ha hecho que al señor Gregorio, el jefe de estación, no le importe su libertad, lo que eliminó toda la compasión por él en cuantos le rodearon. El destino, esa fuerza invisible que desde más allá de nosotros mismos generosamente nos ayuda, cuando coincide con nuestra voluntad, y cruelmente nos arrastra, cuando invenciblemente la contradice.

Auxiliado por el destino o doblegado por él, psicológicamente impulsado, en todo caso, por su voluntad y su temperamento, el hombre va haciendo su vida y configurando su *carácter*. «El talento se forma en el silencio; el carácter, bregando con el mundo», enseñan dos conocidos versos goethianos. Bregando con su duro y estrecho mundo se formó el carácter

de Pascual Duarte, y en el empeño de hacérselo ver así tiene uno de sus temas más frecuentes su autobiografía.

Dos líneas cardinales deben ser distinguidas en la concreción factual de la fuerza del destino: la constitución biológica, lo que uno es en el momento de nacer y luego se expresará como temperamento, y la coacción del mundo, todo lo que del mundo en que vivimos –ambiente físico, medio social y situación histórica– opera coactivamente sobre nosotros. Pascual no da mayor importancia al poder de aquella –«los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer», nos ha dicho–, y piensa que es en la índole del mundo con que uno ha de bregar donde verdaderamente tiene su causa la configuración individual del carácter. Con alguna reserva respecto de la tesis que él propugna –porque no todos nacemos con los mismos cueros; algo pone en la individuación de cada vida su código genético–, muchos psicólogos y sociólogos actuales estarán con él. No, él no es un homicida nato; aunque en sí mismo tenga que percibir –única concesión a las tesis constitucionalistas– «su mucha flaqueza para resistir al instinto». Es cierto, sí, que su carácter ha llegado a ser el bronco y terrible carácter del homicida reincidente; pero esto ha sido fatal consecuencia de la golpeante e inmisericorde condición del mundo en que le tocó vivir: la conflictiva y aun brutal relación de sus padres entre sí, la actitud y la conducta de su madre, una sociedad en la cual surgen y prosperan tipos como *el Estirao* y el señor Rafael y donde la compasión apenas existe. ¡Si en torno a él hubiese habido muchas personas como don Santiago Lurueña, el cura que por dos veces le confesó! No fue así. Siendo hombre capaz de amor y comprensión –recuérdese su amoroso modo de acoger a la infiel Lola– y hasta de ternura –ahí está su modo de tratar a Mario, el hermanillo subnormal, ahí el sentimiento con que mira y remira a Pascualillo, el hijo que se le murió; «aun al más ruin, alguna fibra de bueno siempre le queda», dirá de sí mismo–, el mundo ha podido más que él y le ha hecho malo y homicida. «Esta maldad sin justificación que tanto dolor me causa», nos dice, cuando la proximidad de la muerte le va haciendo transparente su propio ser.

De ahí el carácter de Pascual, «violento, pero pronto», y las oscuras contradicciones que en él, a medida que las relata, se le hacen y se nos hacen patentes. Su capacidad para el arrepentimiento, «no menor que el de un santo», dice del suyo, y su incapacidad para perdonar: «Si mi condición de hombre me hubiese permitido perdonar...». Su altísima valoración de la paz interior, por él descrita, cuando pasajera y levemente llega a sentirla, con tan serena y delicada pluma, y la jadeante vehemencia con que planea y ejecuta el asesinato de su madre. Su idea del mal, que él sólo ve en las acciones que hacen patente el menosprecio del dolor ajeno y en las que suponen hostilidad contra la vida

inocente, humana o animal —«la conciencia sólo remuerde de las injusticias cometidas: de apalear un niño, de derribar una golondrina»—, y la súbita saña que le lleva a tumbar de un tiro a su perra y a empuñar el cuchillo contra su yegua, dos inocentes criaturas. Su irrefrenable adhesión a la vida y su ocasional, pero reiterado deseo de «borrarse como un muerto, deshilarse en el aire como el copo de humo». Su ciega, violenta entrega a la oleada interior del instinto, y la eficacia ordenadora, socrática, cabría decir, que él vislumbra en el análisis racional de la propia vida: «Si el esfuerzo de memoria que por estos días estoy haciendo se me hubiese ocurrido años atrás, en lugar de estar escribiendo en una celda, estaría tomando el sol en el corral...». Su apetencia de concordia y su escalofriante estimación del odio: no sólo quiere huir de su pueblo para apartarse del mundo que le deshace, también, nos dice, «para poder odiar con odios nuevos», acaso para sentir otra vez cómo le va creciendo en el alma —una de las más profundas y patéticas páginas del libro— la querencia de la muerte de la persona odiada. Porque Pascual Duarte, más radical y menos sutil y retorcido que Joaquín Mon negro, el odiador unamuniano, quiere la aniquilación total, no la sumisa pervivencia de aquellos a quienes odia.

Es *azar* en el curso de la vida humana todo lo que en ella acontece al margen de nuestras previsiones; más aún, al margen de toda posible previsión propia o ajena. No parece ilícito ver en el azar la calderilla del destino. En nuestro caso, la sucesión de los eventos en que el inexorable destino de Pascual le va empujando hacia su desastrada perdición. ¿Por qué su perra le miró aquel día, precisamente aquel día, como «si fuese a culparle de algo de un momento a otro»? ¿Por qué la yegua descabalgó a la Lola y la hizo abortar? ¿Por qué Rosario topó precisamente con *el Estirao* y no con un hombre de bien? ¿Por qué él, huyendo de su pueblo, no llegó a tomar el barco que le habría llevado a otro mundo y otra vida? ¿Por qué? ¿Por qué? A lo largo de una serie de eventos azarosos, realizado en ellos, un secreto e indomitable destino empujaba a Pascual a ser como fue y a hacer lo que hizo. En definitiva, a la muerte en garrote vil.

Hechura de su destino, de su carácter y de los trances en que el azar lo fue poniendo, ahí está Pascual Duarte, el hombre que esperando en la cárcel de Badajoz su cita con el verdugo cuenta a don Joaquín Barrera y nos cuenta a nosotros qué fue su vida y cómo él siente, piensa y cree eso que su vida fue. Al margen de sus propios juicios, pero contando con ellos, ¿qué fue realmente Pascual Duarte? Para don Santiago Lurueña, «un manso cordero acorralado y arrastrado por la vida». Para Cesáreo Martín, guardia civil que le trató en sus últimos días, un anormal, un loco: «de la salud de su cabeza —nos dice— no daría yo fe aunque me ofreciesen Eldorado». *Moral insanity* habría llamado Cesáreo Martín a la anormalidad de Pascual, si en lu-

gar de ser guardia civil hubiese estudiado psiquiatría en la Inglaterra del siglo XIX. Ni con el bondadoso don Santiago Lurueña ni con el expeditivo Cesáreo Martín estoy yo, aunque, como Marañón, vea en la raíz de los arrebatos homicidas de Pascual Duarte un oscuro sentimiento de bárbara justicia –Pascual, observa el gran médico, «es mejor persona que sus víctimas»–, y aunque, como cualquiera, diste mucho de considerar normal la conducta de este antihéroe extremeño.

A mi ver, el empeño en entender con hondura suficiente la persona de Pascual Duarte –y con esto vuelvo a la pregunta que antes me formulé– exige tener en cuenta el justo y enorme éxito que fuera de España ha tenido el relato de sus desventuras. Pienso, en efecto, que consciente o inconscientemente, los editores y los lectores de ultrapuertos han visto en Pascual Duarte un hombre que en la España del más inmediato ayer –la ensangrentada España de 1936 y 1937 es el marco y el motivo de su ejecución– acrece a su modo, y muy sugestivamente, una serie de singulares criaturas que nuestra realidad y nuestro arte han dado al mundo: Lope de Aguirre y algún otro de los conquistadores de América, no pocos de los varones y las hembras que pueblan los lienzos y los dibujos de Goya, Tirano Banderas y Cara de Plata, ciertos personajes de Galdós y de Baroja. Hombres que sienten sobre sí la fuerza del destino y –unos por la vía del crimen, como Pascual Duarte, otros por la del heroísmo anónimo, como muchos de los personajes goyescos, otros por esos dos caminos, como Tirano Banderas– la aceptan a todo riesgo, dicen «Aquí estoy yo» al universo entero y la realizan en su vida con energía indomable, «sin que la muerte al ojo estorbo sea», dijo por todos ellos el poeta y capitán Francisco de Aldana, para afirmarse a sí mismos y rubricar con fiereza su paso por la tierra. Lo cual, visto desde las racionalizadas formas de vida que la modernidad ha traído consigo, produce en el alma la peculiar mezcla de atracción y espanto que siempre suscita el contacto visual o mental con los abismos de la realidad del hombre: ese fondo de nosotros mismos en el cual *eros* y *thánatos*, instinto de ayuda e instinto de agresión, amor y odio, oscuramente se mezclan y pugnan entre sí. No de otro modo puedo entender yo la extraña y poderosa sugestión que la persona de Pascual Duarte ha ejercido por toda la variopinta extensión del mundo que llamamos civilizado.

Amigo lector: por muy cultivado y exquisito que seas, ¿no has sentido alguna vez dentro de ti, aunque moral y civilizadamente lo hayas reprimido o sublimado, algo de lo que de sí mismo nos cuenta ese tosco ajusticiado de Badajoz? Desde su humana realidad nos habla; desde ella nos pide a sus lectores –*hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère*, diría tal vez Pascual, si hubiese leído a Baudelaire– un mundo, una sociedad en que su vida no pueda repetirse.